

LUIS ÁLVAREZ MIRANDA
(1926-2004)

por:

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela de Ciencias Sociales

Universidad de Chile

Capitán Ignacio Carrera Pinto N° 1045

Santiago - Chile

RESUMEN

Trabajo en que se rememoran los años en que Mario Orellana conoció al Profesor Álvarez y al resto del equipo pionero de la Arqueología ariqueña; Dauelsberg, Focacci y Chacón, a comienzos de la década del 60, destacando su aporte al estudio de la región en el ámbito de la Arqueología y Antropología.

ABSTRACT

The present work pays tribute to the years when Mario Orellana met Professor Luis Alvarez and the pioneering Arica Archaeology team composed of Messrs. Dauelsberg, Focacci, and Chacón at the beginning of the 60's, by emphasizing his contribution to the study of the region in the fields of Archaeology and Anthropology.

Palabras clave: *Arqueología Ariqueña, Aporte y Región.*

Recuerdo que en enero de 1963, en el Congreso Internacional de Arqueología, efectuado en San Pedro de Atacama llegaron Percy Dauelsberg y Luis Álvarez en representación del grupo de arqueólogos de Arica.

Venían de excavar en el cementerio de Chiu-Chiu y dieron a conocer, en forma resumida, sus hallazgos en la sesión del 12 de enero. El día anterior, Dauelsberg había leído una comunicación sobre el “Complejo Arqueológico del Morro de Arica” y Luis Álvarez nos informó sobre los enterramientos de Chinchorro con asociación de momias-estatuillas. Allí, en San Pedro de Atacama, se inició primero una comunicación científica y luego una amistad entre nosotros y los colegas de Arica.

Los primeros estudios arqueológicos de Álvarez fueron publicados en el Boletín del Museo Regional de Ari-

ca los años 1959 y 1960. Ellos mostraron, desde el primer momento, su interés por el estudio de las culturas “precerámicas” del extremo norte de Chile. Luego, cuando se publicaron en septiembre de 1961 las Actas del “Encuentro Arqueológico Internacional”, conocimos su estudio titulado “Manifestaciones precerámicas en la Arqueología de Arica”, en donde expuso los hallazgos hechos en tumbas y, de acuerdo a sus contextos, se esforzó en construir una “cronología relativa”: de menor a mayor antigüedad: momias con turbantes, momias cubiertas de arcilla, momias cubiertas de pieles de pelícanos y con anzuelo de concha.

Luis Álvarez formó parte de la primera comunidad científica (arqueológica y antropológica) que se organizó, a fines de la década de 1950, en la ciudad de Arica. Los trabajos y publicaciones de F. Max Uhle y de Junius Bird inspiraron, indudablemente, a esos jóvenes arqueólogos ariqueños.

Siempre hemos creído que Percy Dauelsberg, Luis Focacci, Luis Chacón y Luis Álvarez constituyeron un equipo científicamente sólido, generoso en la información científica y deseoso de comunicarse con los arqueólogos de los países vecinos y con los estudiosos chilenos que trabajaban en las universidades y en los museos del país.

Diferentes congresos de arqueología nos dieron a conocer sus aportes en esta materia. Por ejemplo en 1967, en el Congreso de Concepción, había señalado que los enterramientos precerámicos de “momias de preparación complicada” debían ser situados tentativamente en el período más temprano del pre agro-alfarero del extremo norte de Chile. Luego en La Serena,

en 1969, las actas del congreso contienen su ponencia “Arqueología del Departamento de Arica-Secuencia cultural del período pre agro-alfarero”, en donde concluye que “el período pre agro-alfarero no termina bruscamente con la aparición o introducción de la cerámica y la agricultura en el Departamento de Arica, sino que experimenta una lenta adaptación a una economía sustentada básicamente en el cultivo, en la cría de ganado, en la perfección de los tejidos, en la metalurgia, como en otros aspectos, confundiendo las fases más tardías, que serían Faldas del Morro, El Laucho y Alto Ramírez con las fases más tempranas del agro-alfarero. Las anteriores consideraciones permiten postular para la zona de Arica un período de “cerámica formativa”. Esta hipótesis de Álvarez era una de las que trabajaban los escasos arqueólogos chilenos que investigaban en el norte de Chile.

Así, junto a otros arqueólogos chilenos, Álvarez iba poco a poco ayudando a organizar una cronología relativa, con aún muy pocas fechas absolutas. Lautaro Núñez, en el Congreso de La Serena, dio a conocer una “Secuencia de Complejos Culturales Tempranos” (cementeros), elaborados por L. Álvarez, P. Dauelsberg, G. Focacci y L. Núñez.

Aunque en los años futuros, se interesó por los temas “etnográficos”, su aprecio por los estudios arqueológicos continuó. En la Revista “Diálogo Andino” N^{os} 11-12 (1992-1993), publicó un artículo sobre la “Metalurgia Prehispana Inca en el sector costero marginal del Imperio”, como también en los N^{os} 14-15 de la misma revista (impresa en 1996), escribió: “Tras las

huellas de Max Uhle: homenaje a Percy Dauelsberg Hahmann”, en donde con mucho cariño relaciona la obra de Max Uhle con las investigaciones arqueológicas de Dauelsberg.

Entre sus clases y los cargos académico-administrativos (Director de la Revista Diálogo Andino, Director de Departamento, Decano de Facultad) continuó publicando y dominando poco a poco otras áreas antropológicas, tales como los temas etnográficos y mitológicos.

Desde la década de 1980 hasta su muerte publicó en la Revista “Diálogo Andino”, donde siempre formó parte de su comité editor. En esta revista especializada, que apareció por primera vez en 1982, Álvarez ocupó, entre otros, el cargo de Director.

Ejemplos de los nuevos intereses antropológicos fueron sus contribuciones de 1987 (N^o 6), de 1991 (N^o 10) y de 1997 (N^o 16), en donde el estudio de la aculturación andino-hispana en el poblado de Socoroma, la etnopercepción andina en los valles “dulces y salados” de la vertiente occidental andina y los temas relacionados con los mitos del mundo aldeano actual, le interesaron profundamente. Unido a su vivencia etnográfica y obviamente a sus conocimientos arqueológicos, en Álvarez se descubre también un profundo amor por el estudio espacial. Él mismo escribe en abril de 1998 en la presentación que hace de los artículos del N^o 16, que “el mundo andino, caracterizado por una profusión de escenarios geográficos que se originaron en una diversidad latitudinal y de pisos altitudinales, también lo es rico en cuanto a relatos y tradiciones orales de su población”, y señala a continuación

que su aporte se refiere al tema “Sireno: Dios de la música, recopilación de campo efectuada en el espacio de los Andes de la región de Arica”.

A propósito de esta investigación, Álvarez escribe como conclusión (N° 16, pp. 58 y 59): “En consecuencia, para el andino el Sireno es un espíritu tutelar que mora tanto en aguas quietas, lagunas, bofedales, como en el agua que mana o escurre vertientes, puquíos, esteros, ríos y en la brisa suave o en el fuerte viento de atardeceres y noches cordilleranas; por esto es que cada una de estas leyendas y/o tradiciones para el hombre de la puna, sierra o el valle, que las vivió o experimentó, y para el que íntimamente las conoce, de algún modo pasan a constituirse en historias sagradas, serias, respetadas; historias que la cultura urbana occidental desconoce en su intimidad espacial, ambiental, en lo artístico, en lo mítico, o en lo social. Conocerlas, en su espacio vital, querer comprenderlas y con su gente dialogar, es nuestra misión, es aproximarnos a su verdad”.

Cuando en 1995 coordinó la reedición de los Boletines del Museo Regional de Arica, publicados entre 1959 y 1961 (siete números), nuestro colega y amigo recordó que “los trabajos incluidos en ellos permitieron en un tiempo y en un espacio conocer parte

de un pasado que se logró sólo con el interés de saber más de nuestra prehistoria regional”.

Y estas últimas frases expresaron muy bien la razón del trabajo científico del arqueólogo y antropólogo Luis Álvarez. Con seriedad, sin elaborar conclusiones definitivas ni menos teorías, apreciando con meticulosidad los datos científicos, describiendo los restos arqueológicos, las costumbres y las creencias del presente, fue un ejemplo de profesor e investigador. Hombre de “trabajos de campo”, amó profundamente no sólo la geografía de sus quebradas, sierras y altos andinos, sino también el mar y la costa de su región. No sin razón se le llamó cariñosamente “el chango Álvarez”.

Un último recuerdo, cuando a comienzos de la década de 1970 fui con el arqueólogo francés Engel a visitar los yacimientos arqueológicos de la región de Arica, tanto Dauelsberg como Álvarez nos mostraron los sitios de la desembocadura de la quebrada de Camarones. En ese momento conocí el cariño que sentía Álvarez por todo lo que se refería a la costa y el mar.

Indudablemente, que la arqueología y la antropología de Arica han perdido a uno de sus investigadores más serios y nosotros a un colega y amigo.



Realizando trabajos arqueológicos en el sitio de Pubrisa.



Descansando luego de una jornada de trabajo en el Poblado Prehispánico de Pubrisa en el Valle de Azapa.

